

Como acabó Sabino aquí, dijo Marcelo luégo: No parece justo, después de un semejante fin, añadir más. Y pues Sabino ha rematado tan bién nuestra plática, y habemos ya platicado luengamente, y el sol parece que por oirnos levantado sobre nuestras cabezas nos ofende ya; sirvamos á nuestra necesidad agora reposando un poco, y á la tarde, caida la siesta, de nuestro espacio, sin que la noche aunque sobrevenga lo estorbe, diremos lo que nos resta.—Sea así dijo Juliano. Y Sabino añadió: Y yo sería de parecer que se acabase aqueste sermón en aquel soto é isleta pequeña que el rio hace en medio de sí, y que de aquí se parece. Porque yo miro hoy al sol con ojos, que si no es aquel, no nos dejará lugar que de provecho sea.—Bien habéis dicho, respondieron Marcelo y Juliano, y hágase como decís. Y con esto, puesto en pié Marcelo, y con él los demás, cesó la plática por entonces.

INTRODUCCION

Descripción de la miseria humana y origen de su fragilidad.

En ninguna cosa se conoce más claramente la miseria humana, que en la facilidad con que pecan los hombres, y en la muchedumbre de los que pecan, apeteciendo todos el bien naturalmente, y siendo los males del pecado tantos y tan manifiestos. Y si los que antiguamente filosofaron, argumentando por los efectos descubiertos las causas ocultas de ellos, hincaran los ojos en esta consideración; ella misma les descubriera, que en nuestra naturaleza había alguna enfermedad y daño encubierto: y entendieran por ella que no estaba pura, y como salió de las manos del que la hizo, sino dañada y corrompida, ó por desastre, ó por voluntad. Porque si miraran en ello, cómo pudieran creer que la naturaleza, madre, y diligente proveedora de todo lo que toca al bien de lo que produce, había de formar al hombre por una parte tan mal inclinado, y por otra tan flaco y desarmado para resistir y vencer á su perversa inclinación? O cómo les pareciera que se compadecía, ó que era posible que la naturaleza, que guía como vemos los animales brutos, y las plantas, y hasta las cosas más viles, tan derecha y efi-



DEL MAESTRO

FR. LUIS DE LEON,

EL LIBRO SEGUNDO

DE LOS NOMBRES DE CRISTO.

Á DON PEDRO PORTOCARRERO DEL CONSEJO DE S. M. Y DEL DE LA SANTA Y GENERAL INQUISICION.

INTRODUCCION.

Descripción de la miseria humana y origen de su fragilidad.

En ninguna cosa se conoce más claramente la miseria humana, MUY ILUSTRE SEÑOR, que en la facilidad con que pecan los hombres, y en la muchedumbre de los que pecan, apeteciendo todos el bien naturalmente, y siendo los males del pecado tantos y tan manifiestos. Y si los que antiguamente filosofaron, argumentando por los efectos descubiertos las causas ocultas de ellos, hincaran los ojos en esta consideración; ella misma les descubriera, que en nuestra naturaleza había alguna enfermedad y daño encubierto: y entendieran por ella que no estaba pura, y como salió de las manos del que la hizo, sino dañada y corrompida, ó por desastre, ó por voluntad. Porque si miraran en ello, cómo pudieran creer que la naturaleza, madre, y diligente proveedora de todo lo que toca al bien de lo que produce, había de formar al hombre por una parte tan mal inclinado, y por otra tan flaco y desarmado para resistir y vencer á su perversa inclinación? O cómo les pareciera que se compadecía, ó que era posible que la naturaleza, que guía como vemos los animales brutos, y las plantas, y hasta las cosas más viles, tan derecha y efi-

cazmente á sus fines, que los alcanzan todas ó casi todas, criase á la más principal de sus obras tan inclinada al pecado, que por la mayor parte, no alcanzando su fin, viniere á extrema miseria?

Y si sería notorio desatino entregar las riendas de dos caballos desbocados y furiosos á un niño flaco y sin arte, para que los gobernase por lugares pedregosos y ásperos; y si cometerle á éste mismo en tempestad una nave para que contrastase los vientos, sería error conocido; por el mismo caso pudieran ver, no haber en razón, que la providencia sumamente sabia de Dios, en un cuerpo tan indomable y de tan malos siniestros, y en tanta tempestad de olas de viciosos deseos como en nosotros sentimos, pusiese para su gobierno una razón tan flaca y tan desnuda de toda buena doctrina, como es la nuestra cuando nacemos. Ni pudieran decir, que en esperanza de la doctrina verdadera, y de las fuerzas que con los años podía cobrar la razón, le encomendó Dios aqúeste gobierno, y la colocó en medio de sus énemigos, sola contra tantos, y desarmada contra tan poderosos y fieros. Porque sabida cosa es, que primero que despierte la razón en nosotros, viven en nosotros, y se encienden los deseos bestiales de la vida sensible, que se apoderan del ánima, y haciéndola á sus mañas, la inclinan mal, antes que comience á conocerse. Y cierto es, que en abriendo la razón los ojos, están como á la puerta, y como aguardando para engañarla, el vulgo ciego, y las compañías malas, y el estilo de la vida llena de errores perversos, y el deleite, y la ambición, y el oro, y las riquezas que resplandecen. Lo cual cada uno por sí es poderoso á oscurecer y á vestir de tinieblas á su centella recién nacida; cuanto más todo junto, y como conjurado y hecho á una para hacer mal. Y así de hecho la engañan: y quitándole las riendas de las manos, la sujetan á los deseos del cuerpo, y la inducen á que ame y procure lo mismo que la destruye.

Así que este desconcierto é inclinación para el mal, que los hombres generalmente tenemos, él solo por sí bien considerado nos puede traer en conocimiento de la corrupción antigua de nuestra naturaleza. En la cual naturaleza, como en el libro pasado se dijo, habiendo sido hecho el hombre por

Dios enteramente señor de sí mismo, y del todo cabal y perfecto; en pena de que él por su grado sacó su ánima de la obediencia de Dios, los apetitos del cuerpo y sus sentidos se salieron del servicio de la razón; y rebelando contra ella, la sujetaron, oscureciendo su luz, y enflaqueciendo su libertad, y encendiéndola en el deseo de sus bienes de ellos, y engendrando en ella apetito de lo que le es ajeno y la daña, esto es, del desconcierto y pecado.

En lo cual es extrañamente maravilloso, que como en las otras cosas que son tenidas por malas, la experiencia de ellas haga escarmiento para huir de ellas después; y el que cayó en un mal paso, rodea otra vez el camino, por no tornar á caer en él: en esta desventura, que llamamos pecado, el probarla es abrir la puerta para meterse en ella más; y con el pecado primero se hace escalón para venir al segundo; y cuando el alma en este género de mal se destruye más, tanto parece que gusta más de destruirse. Que es de los daños que en ella el pecado hace, si no el mayor, sin duda uno de los mayores y más lamentables. Porque por esta causa (como por los ojos se ve) de pecados pequeños nacen, eslabonándose unos con otros, pecados gravísimos, y se endurecen, y crien callos, y hacen como incurables los corazones humanos en este mal del pecar; añadiendo siempre á un pecado otro pecado, y á un pecado menor sucediéndole otro mayor de continuo, por haber empezado á pecar. Y vienen así continuamente pecando á tener por hacedero, y dulce, y gentil, lo que no solo en sí, y en los ojos de los que bien juzgan, es aborrecible y feísimo, sino lo que esos mismos que lo hacen, cuando de principio entraron en el mal obrar, huyeran el pensamiento de ello, no solo el hecho, más que la muerte. Como se ve por infinitos ejemplos, de que así la vida común, como la historia, está llena.

Mas entre todos es claro y muy señalado ejemplo el del pueblo hebreo antiguo y presente. El cual por haber desde su primero principio comenzado á apartarse de Dios, prosiguiendo después en esta su primera dureza, y casi por años volviéndose á Él, y tornándole luego á ofender, y amontonando á pecados pecados, mereció ser autor de la mayor ofensa que se hizo jamás, que fué la muerte de Jesucristo. Y porque la

culpa siempre ella misma se es pena; por haber llegado á esta ofensa, fué causa en sí mismo de un extremo de calamidad. Porque dejando aparte el perdimiento del reino, y la ruina del templo, y el asolamiento de su ciudad, y la gloria de la religión y verdadero culto de Dios traspasada á las gentes; y dejados aparte los robos, y males y muertes innumerables que padecieron los judíos entonces, y el eterno cautiverio en que viven agora en estado vilísimo entre sus enemigos, hechos como un ejemplo común de la ira de Dios: así que dejando esto aparte, puédesse imaginar más desventurado suceso, que habiéndoles prometido Dios que nacería el Mesías de su sangre y linaje; y habiéndole ellos tan luengamente esperado, y esperando en Él y por Él la suma riqueza; y en durísimos males y trabajos que padecieron, habiéndose sustentado siempre con esta esperanza; cuando le tuvieron entre sí, no le querer conocer, y cegándose hacerse homicidas y destruidores de su gloria y de su esperanza, y de su sumo bien ellos mismos? A mí verdaderamente cuando lo pienso, el corazón se me entenece en dolor. Y si contamos bien toda la suma de este exceso tan grave, hallarémos que se vino á hacer de otros excesos, y que del abrir la puerta al pecar, y del entrarse continuamente más adelante por ella, alejándose siempre de Dios, vinieron á quedar ciegos en mitad de la luz. Porque tal se puede llamar la claridad que hizo Cristo de sí, así por la grandeza de sus obras maravillosas, como por el testimonio de las letras sagradas que le demuestran. Las cuales le demuestran así claramente, que no pudiéramos creer, que ningunos hombres eran tan ciegos, si no supiéramos haber sido tan grandes pecadores primero. Y ciertamente lo uno y lo otro, esto es, la ceguedad y maldad de ellos, y la severidad y rigor de la justicia de Dios contra ellos, son cosas maravillosamente espantables. Yo siempre que las pienso me admiro, y trújomelas á la memoria agora lo restante de la plática de Marcelo que me queda por referir, y es ya tiempo que lo refiera. Porque fué así que los tres, después de haber comido, y habiendo tomado algún pequeño reposo, ya que la fuerza del calor comenzaba á caer, saliendo de la granja, y llegados al rio que cerca de ella corría, en un barco, conformándose con el parecer de Sabino, se pasaron al soto, que se

hacia en medio de él, en una como isleta pequeña, que apegada á la presa de unas aceñas (1) se descubría. Era el soto, aunque pequeño, espeso y muy apacible, y en aquella sazón estaba muy lleno de hoja, y entre las ramas que la tierra de suyo criaba, tenía también algunos árboles puestos por industria, y dividiale como en dos partes un no pequeño arroyo que hacia el agua que por entre las piedras de la presa se hurtaba del rio, y corría casi toda junta.

Pues entrados en él Marcelo y sus compañeros, y metidos en lo más espeso de él, y más guardado de los rayos del sol, junto á un álamo alto, que estaba casi en el medio, teniéndole á las espaldas, y delante los ojos la otra parte del soto, en la sombra y sobre la yerba verde, y casi juntando al agua los piés, se sentaron. Adonde diciendo entre sí del sol de aquel día, que aún se hacía sentir, y de la frescura de aquel lugar que era mucha, y alabando á Sabino su buen consejo, Sabino dijo así: Mucho me huelgo de haber acertado tan bien, y principalmente por vuestra causa, Marcelo, que por satisfacer á mi deseo tomáis hoy tan grande trabajo, que según lo mucho que esta mañana dijisteis, temiendo vuestra salud, no quisiera que agora dijéades más, si no me asegurara en parte la cualidad y frescura de aqueste lugar. Aunque quien suele leer en medio de los caniculares tres lecciones en las escuelas muchos días arreo, bien podrá platicar entre estas ramas la mañana y la tarde de un día, ó por mejor decir, no habrá maldad que no haga.—Razón tiene Sabino, respondió Marcelo, mirando hácia Juliano, que es género de maldad ocuparse uno tanto y en tal tiempo en la escuela. Y de aquí veréis, cuán malvada es la vida que así nos obliga. Así que bien podéis proseguir, Sabino, sin miedo, que demás de que este lugar es mejor que la cátedra, lo que aquí tratamos agora, es sin comparación muy más dulce que lo que leemos allí; y así con ello mismo se alivia el trabajo. Entonces Sabino, desplegando el papel y prosiguiendo su lectura, dijo de esta manera:

(1) *Aceñas* son molinos de agua. Véase Covarrubias en las palabras *Aceña* y *Azeña*.